LIBRO dot.com

MOAB

AURÉLIEN SCHOLL



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

I

"La tierra será maldita a causa de lo que vosotros habéis hecho. "Y sólo os producirá espinas y cambronera." (La Santa Biblia.)

En el fondo de un patio húmedo, lleno de objetos inútiles y de utensilios heteróclitos entre los cuales vivían a su gusto las ratas y los escarabajos, se elevaba la zahúrda de Zacarías López, uno de los mercaderes más ricos del barrio judío de Burdeos. El patio estaba encuadrado, a la altura del primer piso, por una vasta galería en relieve donde los muebles, los tapices, los cristales y los bronces, desordenadamente colocados, ofrecían a la vista un cuadro raro y pintoresco.

El edificio recibía la luz del sol por once ventanas desiguales en cuyos vidrios había monstruos furiosos e inocentes que mostraban eternamente su mueca extraña. Las paredes estaban atravesadas en todas direcciones por enormes vigas que parecían arterias negras.

Escudriñando con la vista, el 15 de octubre de 1660 -como se escudriñan las aguas fuertes de Rembrandt- la gran sala del piso bajo, habrían podido descubrirse las figuras de cuatro personas acostadas más bien que sentadas en anchos sillones llenos de franjas y adornos de oro.

El primero se llamaba Gedeón Lévy. Era un hombre de unos cincuenta años de edad que había sido hecho de músculos y de hierro... pero el hierro comenzaba ya a enmohecerse y los músculos a entorpecerse.

Salomón Lleymar y Pérez y Bayo, el segundo, parecía una colección de bolas; el cielo lo había soplado como los niños soplan burbujas de jabón: sus ojos pequeñitos desaparecían bajo las arcadas de las cejas y su nariz roja y lustrosa parecía la panza de una gallina mal desplumada. Por lo demás su aspecto era el de un buen hombre. Para concluir su retrato, debemos decir que empleaba más tiempo en comer que en trabajar.

Isaac Chimenes d'Arroga, el tercero, cruzaba orgullosamente sus enormes piernas de garza que terminaban en un par de botas, no menos enormes relativamente. Su nariz de mochuelo se desenvolvía en una línea ondulada. Una lluvia de cabellos rojos caía sobre su rostro. Era, en fin, un hombre que no existía sino de perfil: cuando quería que no lo tomasen por una caña de pescar, se ponía de lado.

En cuanto al cuarto, era el mismísimo maese Zacarías López; viejo alto y anguloso, sin párpados, con una barba gris que sólo dejaba ver a trechos las manchas azules y amarillas de su rostro.

Los cuatro esperaban que el reloj diese las siete, hora a la cual se acostumbraba comer en la morada de Zacarías.

II

Algunos sirvientes silenciosos arreglaron en pocos minutos la mesa. Las lámparas de tres mechas que pendían del cielo raso, dominaron con sus luces opalinas el suntuoso festín.

Tres niños africanos pusieron alrededor algunos vasos gigantescos, llenos de verbenas y de jazmines.

En cada ángulo de la sala ardía una girándula entre las llamas que brotaban de las antorchas doradas.

-¡Hola Baruch, hola Josué! -exclamó Zacarías- id a poner los cerrojos a la puerta de encina. Y tú, Mege, ¡ve a decirle a mi hija que los manjares están servidos en la vajilla de oro! ¡De prisa!

Un instante después Débora entró en la habitación y mientras los comensales se confundían en saludos y en zalamerías, ella entregaba, sonriente, su frente de marfil al viejo López que depositó en ella un beso tibio y sonoro, con sus labios velludos.

Lear, el perro favorito de Débora, vino a lamer con alegría las manos de su señora antes de ir a echarse, en un rincón, sobre una alfombra de Persia.

III

La hija del mercader estaba infernalmente bella. No había otra mujer, bajo el fanal del cielo, que pudiera rivalizar con ella.

Era la torre de marfil y la estrella matutina; era Cleopatra virgen. Su perfil, audazmente dibujado, se componía de ángulos rectos; sus cabellos, parecidos por el color a la melena de los leones, caían en haces cobrizos sobre sus hombros deliciosos, y sus ojos verdes y brillantes tenían reflejos encarnados como esas telas tramadas con seda de dos colores.

Los tres comensales clavaban en la hija de Zacarías sus miradas impuras; todos ellos estaban enamorados de su hermosura.

Gedeón Levy no comía ya; Chimenes d'Arroga cruzaba y recruzaba sus piernas flexibles, y Salomón Lheymar y Pérez y Bayo, cuyos ojos se desprendían de los párpados, miraba tímidamente a su alrededor.

En todo eso había un misterio que sugería pensamientos extraños. Débora no había encontrado hasta entonces sino pretendientes muy viejos. Los octogenarios rejuvenecían ante su mirada. Pero, en cambio, los jóvenes se alejaban de ella con un disgusto instintivo. Una serpiente asquerosa no les habría causado tanto horror...

IV

Cuando la comida hubo terminado, Zacarías López ordenó a su hija que se retirase; y habló de esta manera a sus comensales:

-He aquí, pues, señores míos, el momento de explicarnos sobre el objeto de nuestra reunión. Todos vosotros me habéis pedido en matrimonio a mi hija Débora y yo os respondo, a vos Gedeón Levy, el más rico de los joyeros de Damasco; a vos Salomón Lleymar que tenéis almacenes en Trípoli, en Madrid, en Harlem y en Londres; a vos Chimenes d'Arroga cuyas mercancías llevan las marcas de todos los países del mundo: no puedo concederos la mano de mi hija, porque desde que Débora estaba en la cuna, la prometí a su primo Nathán, hijo de muestro muy querido Abrahán Bereya.

Cada uno de ellos había inclinado la cabeza al oír pronunciar su nombre, pero cuando Zacarías hubo formulado tan neta y enérgicamente su negativa, todos palidecieron.

Gedeón Levy se puso de pie. Sus cabellos negros que le caían sobre la espalda, sus ojos brillantes, y su nariz cuyas ventanillas se habían inflado, dábanle un aspecto feroz.

-No ignoraba, maese Zacarías -dijo- la respuesta que habíais de darnos. Tantos otros la han escuchado antes de hoy, que nada puede en ella extrañarnos. Yo soy el primero en reconocer que vuestro deberos manda guardar a Débora para su prometido; pero confesad a lo menos que, según parece, Nathán Bareyra ha olvidado ya los compromisos de sus padres. Si en efecto él es el novio de vuestra hija, que se presente a reclamarla.

-Nathán debe permanecer algún tiempo aún en Constantinopla.

-Nathán está ya de vuelta.

-¿Cómo lo sabéis?

Antes de que Gedeón Levy hubiese tenido tiempo para responder, el aldabón de la puerta sonó con violencia, y el perro Lear se levantó ladrando.

-¿Qué es eso? -exclamó Zacarías-. Yo quiero que mi puerta permanezca siempre cerrada para todos esos aventureros que vagan de noche por las calles. Cuando alguien llama a estas horas, se me figura que viene una desgracia.

- El diablo -dijo Chimenez d'Arroga- está siempre metido en las alforjas de los viajeros. Todos traen la miel en los labios y un puñal bajo la capa. Los perros no ladran nunca para recibir a la Fortuna. Desconfiemos de los desconocidos.

-Nuestro digno amigo tiene muchísima razón -murmuró Salomón Lleymar y Pérez y Bayo- ¿Qué vienen a buscar bajo nuestro lecho los extranjeros?

-Yo -continuó Zacarías López- tengo la intención de ir a acabar mis días en un valle de Asia; y en vez de poner un banco delante de mi puerta, haré poner una trampa.

-Todo eso está muy bien -dijo Gedeón- pero es necesario tener conciencia y no dejar durante más tiempo en la calle a ese visitante nocturno que no puede ser sino vuestro amigo y pariente Nathán Bareyra que ya me había dicho algo de su próxima llegada.

Zacarías, a su vez, palideció horriblemente. Luego exclamó:

-¡Nathán! No; es imposible... ¡Hola, Baluch, coge una antorcha y baja a averiguar quien es el autor de ese ruido y cuales son sus intenciones!

Afuera seguía cayendo estrepitosamente, sobre la puerta chapada, el títere de bronce cincelado que servía de llamador.

Pocos momentos después Nathán Bereyra entraba en la sala baja, dirigiéndose, con el sombrero en la mano, hacia Zacarías López a quien saludó hincando una rodilla. Luego, cuando se hubo inclinado ante los huéspedes de su tío:

-Aquel que no tenga nido -exclamó- vivirá errando sobre la tierra y no sabrá dónde reposar sus piernas fatigadas y su espíritu desfalleciente. Yo vengo a reclamar a mi dulce prometida para conducirla a la casa de mi familia, para llevarla al cuarto de la mujer que me engendró.

-Zacarías López no tiene más que una palabra -respondió el mercader-; así pues, que se haga lo que deseas.

Débora fue conducida de nuevo a la presencia de su padre, por sus sirvientes. Nathán se dirigió hacia ella para recibirla: besóla en la mano, y cuando sus labios tocaron la blanca carne de su novia, un escalofrío corrió por sus venas, pero el vago terror que esto le inspirara al principio, fue tomado por él como un indicio de amor ardiente.

Hacía casi diez años que no se veían, pero a los pocos minutos de conversación ya la intimidad había vuelto a reinar entre ellos.

Cuando se juzgó que la entrevista había durado el tiempo necesario, cada uno se dirigió a las habitaciones que se les había destinado.

Zacarías López, que se había quedado solo, levantóse bruscamente, y con la mirada extraviada y el rostro encendido, comenzó a decir:

-¡Me han robado a mi hija!... Pero mi hija es mía... y no quiero que me la roben... Yo romperé ese contrato. El sanedrín me apoyará... ¡Ah! ¡Maldición... maldición sobre mi cabeza!...

Daba lástima mirar a aquel viejo grande y anguloso arrancándose los cabellos, retorciéndose las manos y revolcándose como un epiléptico.

V

Una vez en su cuarto, Nathán se puso a reflexionar sobre el recibimiento que Zacarías acababa de hacerle; y le pareció que no había sido tan bueno como él creía tener derecho a esperar. Luego se acordó de la gracia exquisita y de las sonrisas amistosas de Débora y las nubes que oscurecían su pensamiento se disiparon en el acto.

Echó una mirada a su alrededor.

Los balcones de su cuarto, que se abrían sobre el patio, estaban justamente situados frente a los balcones del cuarto de su prometida.

A su lado, sobre una mesa cubierta de tapices bérgamos, había una Biblia en folio lujosamente encuadernada. Abrióla maquinalmente y leyó sin gran atención algunos pasajes del Éxodo y del Génesis:

"...Y golpearon ciegamente a todos los que se hallaban fuera, desde el más pequeño hasta al más grande.

"Y luego dijeron a Loth: ¿Tenéis aquí algún pariente?... Haced salir en el acto de la ciudad a todos los que os pertenecen:

"Porque nosotros vamos a destruir este lugar, pues los gritos de abominación de estos pueblos han crecido cada día más delante del Señor...

"...Loth, que se encontraba en Segor, tuvo miedo de perecer si seguía viviendo allí. Por lo cual se refugió en la montaña, donde encontró una caverna que le sirvió de casa a él y a sus dos hijas.

"Entonces la mayor dijo a la menor: Nuestro padre está viejo y no ha quedado ningún hombre que, según la costumbre de todos los países, pueda casarse con nosotras.

"Demos, pues, mucho vino a nuestro padre y hagamos que se emborrache."

Al llegar aquí, Nathán vio que una luz atravesaba la galería reflejándose sobre el muro de enfrente por las grandes y oblicuas ventanas.

Parecióle reconocer el rostro flaco de Zacarías López a través de los cristales.

Luego... la noche volvió a envolverlo todo en su manto de sombras.

VI

Al día siguiente Gedeón llamó aparte a Nathán Bereyra y le dijo:

-¡Que el cielo me castigue por haberte recordado tu compromiso! Si quieres hacerme caso, no te cases con Débora.

-Débora es más hermosa que todas las mujeres -respondió Nathán-. Y me casaré con ella porque la adoro.

-Escucha Nathán: hay mujeres en el mundo a quien Dios ha marcado con un sello de reprobación; y esas mujeres deben ignorar siempre las alegrías de la juventud y los santos goces del amor. Agar y Abisag pertenecían a esta especie de mujeres... Yo amaba a Débora como tú; pero ahora me sería imposible verla sin temblar. ¡Sobre esta casa ha caído una maldición!

-Débora es mi prometida. Me casaré con ella. Es mi deber.

-¡Adiós pues y que la desgracia caiga sobre ti y sobre tus descendientes hasta la tercera generación!

VII

Al anochecer, cuando los dos enamorados se encontraron solos, Nathán oprimió contra su corazón a Débora y le dijo:

-No sé qué angustia me atormenta. ¿Qué abismo existe entre tu amor y yo? Tu corazón debe ser de hielo ya que a pesar de mis esfuerzos me es imposible sacudir esa torpeza en que pareces sumida. Se me figura que en tus labios hay pimienta y en tus ojos fósforo; pero no llego a saber si es amor o si es fiebre lo que hace bullir tu sangre.

-Yo te adoro -respondió ella-, yo te adoro Nathán, porque tu eres joven, hermoso...

Y como ella se dispusiese a rodear el cuello de su amante con sus brazos deliciosos, el marco de la puerta -dorado y abarquillado como el lomo de un libro- fue empujado por una mano flaca y huesuda, y Zacarías López dirigió a su hija una mirada de tigre.

Débora rechazó bruscamente a su prometido y se echó a llorar...

VIII

Los preparativos para la boda se arreglaron en pocos días y los parientes de Zacarías y de Bereyra se encontraron al fin juntos.

La noche de la ceremonia hubo un gran festín después del cual se hizo el contrato de matrimonio.

Una vez la unión consagrada en la sinagoga, todo el mundo comenzó a bailar, y la mayor parte de la noche se paso entre risas y brindis. Por todos lados había cestas colmadas de dulces y de confites. Nadie estaba triste; nadie se aburría.

Nathán regaló a Débora un cofrecillo lleno de topacios, de venturinas, de amatistas, de coralinas, de esmeraldas y de otras mil especies de piedras preciosas.

Los convidados fueron yéndose uno por uno.

Salomón Lleymar y Pérez y Bayo, besó respetuosamente la mano de la novia y salió exhalando un profundo suspiro.

Chimenes d'Arroga llevóse a Asia su esqueleto que no hacía sombra.

Gedeón Levy había abandonado la casa de Débora desde que comenzaron a hacerse los preparativos para la boda. Su adiós a Zacarías fue un: Yo exterminaré sobre la tierra al hombre que creé; yo exterminaré al hombre y exterminaré a los animales porque estoy arrepentido de haberlos creado!...

Los instrumentos guardaron silencio y el eco de sus melodías se perdió en el espacio.

Las puertas interiores se cerraron tras el último convidado.

Luego... las ricas lámparas apagaron sus luces.

El sueño oscuro llenó la casa del mercader. El que hubiese encendido un fósforo habría podido ver a Zacarías López que corría como un loco entre las tinieblas, diciendo:

-Me ha prometido que no lo amará... me lo ha prometido... y no lo amará, ¡no!...

Detúvose al fin; aguzó el oído para sondear el silencio. A veces parecíale oír un ruido lejano de besos y de suspiros y entonces su boca se llenaba de horrible espuma.

IX

Zacarías había logrado que el joven matrimonio siguiese viviendo con él, pues no quería separarse tan bruscamente de su hija.

Pero a Nathán le era imposible quedarse un momento a solas, pues el mercader espiaba todos sus movimientos, seguía todos sus pasos.

Un día que Nathán reprochaba a Débora su frialdad delante de su padre, éste respondió desdeñosamente:

-Tú no has sido hecho para que mi hija te ame.

Después siguió habiendo, en la casa del mercader, discusiones violentas y cóleras tempestuosas; pero al fin Débora dio a luz un niño y desde entonces el carácter del viejo judío se dulcificó como por obra de encantamiento.

Zacarías, que no se alejaba nunca dos pasos de la cuna del recién nacido, quiso que este se llamase Moab, cual el hijo de Loth... Y, como siempre, su voluntad triunfó.

X

Cuando Nathán quería besar a su hijo, Zacarías se lo arrancaba violentamente de entre los brazos, diciéndole:

-Deja a ese niño; tú le harás daño.

Nathán Bereyra, cansado de sufrir la cólera eterna y los continuos ultrajes de su suegro, arregló todo para marcharse; y cuando llegó el momento de partir:

-Abandono esta casa -le dijo a Zacarías-. Las mulas cargadas están en la puerta. Besad a vuestra hija por la última vez...

-Llévate a Débora -respondió el mercader- llévate todo lo que hay aquí, yo no quiero nada... más que el niño.

-El niño seguirá a su padre.

-¿Sí? Pues yo te prohibo que lo toques -gritó Zacarías rodeando la cuna con sus brazos de esqueleto.

Nathán Bereyra se dirigió hacia su hijo y lo sacó de su nido.

-¡Déjalo! -gritó Zacarías queriendo arrancarlo de los brazos de su yerno- ¡Déjalo!...

Moab comenzó a llorar tristemente.

-Déjalo -continuó diciendo Zacarías, con la boca llena de espuma-. Deja a ese niño... que no te pertenece... ¡porque tú no eres su padre!

XI

...Súbitamente el pobre enamorado lo comprendió todo... Y se acordó de la sombra que había atravesado la galería la noche de su llegada... y se acordó de algunas palabras de Zacarías y de Débora... y se acordó de los augurios funestos de Gedeón Levy...

Sus cabellos se erizaron; sus dientes produjeron un ruido horrible: precipitóse sobre Zacarías y agarrándolo por el cuello con sus manos crispadas, lo estranguló. El cuerpo del mercader vaciló un momento y cayó inerte produciendo un ruido seco y ligero. Débora se había arrodillado, con los cabellos en desorden y los ojos enrojecidos, al pie de la cuna. Nathán la rechazó con un violento puntapié en el pecho que la hizo arrojar un mar de sangre por la boca. Y agarrando al niño por las piernas, le rompió la cabeza contra la muralla...

El perro Lear vino a lamer el cadáver, tibio aún...

Nathán, que tenía el estómago lleno de fuego, se echó a correr, como un trastornado, por las calles de la ciudad.

Y el populacho le tiraba piedras y lo perseguía, como jauría rabiosa, gritando sin cesar:

-¡Muera el hereje!... ¡Muera el judío!...